



Grupo Temático N° 7: Juventud y Trabajo

Coordinadores: Claudia Jacinto, Ada Freytes Frey y María Eugenia Martín

Los “jóvenes trabajadores” en la década kirchnerista: ¿una nueva generación? Una revisión de los estudios sobre jóvenes, mercado de trabajo y conflictividad en la Argentina

Autor/es: Julieta Longo

E – mails: longojulieta@gmail.com

Pertenencia institucional: CEIL-CONICET/UNLP-UBA

Autor/es: Marina Adamini

E – mails: marina.adamini@gmail.com

Pertenencia institucional: CEIL-CONICET/UNLP

Introducción

El objetivo de esta ponencia consiste en analizar las conceptualizaciones que se plantean en torno a “los jóvenes” en los estudios empíricos sobre mercado de trabajo y conflictividad laboral realizados en nuestro país durante la última década.

¿Por qué recuperar otra vez el debate teórico acerca de los jóvenes? Volver a dichos debates teóricos se fundamenta en dos cuestiones. En primer lugar, porque los cambios del período 2001-2015 generaron impactos específicos entre los jóvenes, que han sido analizados por numerosos estudios que investigaron el mundo del trabajo en la última década. La noción de generación o de juventud aparece así, por ejemplo, en muchos de los estudios sobre precarización laboral y revitalización sindical. En segundo lugar,



consideramos importante volver a esta discusión ya que si bien la noción de “jóvenes” ha sido ampliamente utilizada en los estudios empíricos, se emplean distintas conceptualizaciones e incluso, como argumentamos en esta ponencia, se abordan como objeto de estudio distintos jóvenes.

En este sentido, si miramos transversalmente dichos estudios podemos entender rápidamente por qué los “jóvenes” no constituyen una categoría homogénea. Vemos así que, mientras en algunas investigaciones los jóvenes aparecen como el símbolo de la renovación de la militancia peronista, en otros surgen como una generación que se identifica con experiencias sindicales y políticas de izquierda. Paralelamente, en los estudios que se han focalizado en las características del empleo, los jóvenes dejan de ser los “nuevos militantes” para transformarse en “grupos vulnerables” que se encuentran con numerosas dificultades para mejorar su situación laboral. En este marco nacieron los siguientes interrogantes que motivan esta ponencia: ¿quiénes son esos jóvenes que como actores inesperados emergen en los conflictos laborales?, ¿son los mismos que se ven expuestos a la precarización laboral, a la desocupación y la inactividad?, y en definitiva ¿podemos hablar de una misma generación de trabajadores?

Para comenzar a dar respuestas a dichas preguntas, la ponencia se organiza en tres partes. En primer lugar, damos cuenta del “contexto de época” identificando aquellos hitos materiales y simbólicos que pueden considerarse constitutivos del entorno de quienes ingresaron al mundo del trabajo a lo largo de la última década. En segundo lugar, rastreamos y sistematizamos estudios sobre jóvenes durante la última “larga década”. Allí diferenciamos entre aquella literatura que ha analizado el rol que asumieron los jóvenes en los procesos de revitalización sindical “como “nuevos militantes”, y aquella que se ha focalizado en observar los problemas que implica su condición (e inserción) laboral catalogándolos como “grupos vulnerables”. A partir de dicho planteo, en la tercera parte de la ponencia, buscamos resolver la aporía de jóvenes movilizados y jóvenes vulnerables en una misma época, recuperando la conceptualización que Karl Mannheim hizo a comienzos del siglo XX para pensar el problema de las generaciones. Planteamos allí que es posible identificar distintas



“unidades generacionales” y de esta manera diferenciar las formas en que los cambios que se sucedieron en la última década afectaron a los jóvenes.

En términos metodológicos, desde una perspectiva cualitativa revisamos estudios académicos referidos a jóvenes, mundo del trabajo y conflictividad en la Argentina durante la última larga década (2001-2015). En resumen, esta ponencia pretende sumergirse en la discusión de los estudios contemporáneos sobre los jóvenes trabajadores, para realizar una mirada integral sobre el rol que han jugado en la última década, a la luz de las características materiales y simbólicas en que estos se han constituido como trabajadores. La recuperación crítica del concepto de “generación” nos permite esbozar una primera solución a las aparentes paradojas que surgen de dichos estudios introduciendo complejidades en el análisis de los jóvenes y su relación con el trabajo y con el conflicto.

1. Un nuevo “clima de época”

Durante la última década en nuestro país se sucedieron numerosos cambios sociales, económicos y políticos. Dicha multiplicidad se profundiza si consideramos que las lecturas académicas encuentran diferentes acontecimientos como “hitos” que modificaron las experiencias de los jóvenes en el periodo.

Hay quienes creen que la juventud volvió a entrar a la política argentina en 2008, durante el conflicto entre el gobierno y las patronales agrarias, y descubrió su potencial en 2010, con la muerte del expresidente Néstor Kirchner. Sin embargo, existe toda una juventud que comenzó a intervenir activamente con las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 (Svampa, 2011: 159).

Emergen así en la línea del tiempo de esta larga década iniciada con la crisis del 2001 diferentes hitos que atraviesan múltiples campos sociales. Entendemos que los mismos constituyen signos de un nuevo tiempo histórico, como cartografías desde donde se comprenden las nuevas experiencias juveniles. Dichos hitos actúan como referenciales permitiéndonos identificar las particularidades de esta época.

Un conjunto importante de estudios coincide en señalar como primer acontecimiento, que funcionó al mismo tiempo como una inflexión epocal, la crisis del año 2001



(Svampa, 2011; Varela, 2015). Las jornadas del 19 y 20 de diciembre abrieron un momento de crisis generalizada, donde las luchas en las calles pusieron en cuestión los soportes institucionales del Estado: el poder ejecutivo, los partidos políticos y la justicia. El ciclo de movilizaciones abierto por las jornadas de diciembre del 2001 continuaría al menos en los dos años siguientes, donde las distintas alternativas institucionales y económicas no podían reconstruir una salida a la profunda crisis que estaba atravesando el país. Fueron dos hechos que se sucedieron durante el gobierno de Eduardo Duhalde los que terminaron de poner fin al modelo social y político de los '90. El primero fue la devaluación de la moneda nacional, y consecuentemente el fin de la convertibilidad cambiaria (Godio, 2003). El segundo fue el asesinato de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán (Svampa, 2014). Ambos hechos, si bien disímiles, fueron elementos constitutivos de un terreno político-económico a partir del cual se construyó el kirchnerismo: el crecimiento del empleo -a partir de la instauración de un escenario "competitivo" para la producción nacional de bienes industriales- y el fin de la represión como mecanismo privilegiado de enfrentamiento a la protesta social.

De esta manera, las raíces de la nueva década gobernada por el kirchnerismo se encuentran antes de su llegada al poder. Fue en este campo de fuerte movilización y crisis de las estructuras institucionales, en el cual se construyó un nuevo tiempo político. Como símbolo discursivo de este fin de época, los cambios que se promovieron desde el Estado a lo largo de los gobiernos kirchneristas se instalaron sobre una retórica de cuestionamiento a la década del '90:

... hay dos modelos en juego en este país (...) un modelo neoliberal, que nos llevó en la década del 90 -tengan buena memoria argentinos- a la desocupación, al remate de todo lo argentino (...) y el de la producción y el trabajo (Discurso de Néstor Kirchner, 16/05/2007)

En este marco, se sucedieron distintas políticas atravesadas por dicha polarización, entre ellas podemos mencionar la reapertura de las causas de delitos por lesa humanidad cometidos en la última dictadura¹, la aprobación de la Ley de Servicio de Comunicación

¹ Estas políticas que fueron acompañadas por el descabezamiento de la cúpula militar y el simbólico gesto de Néstor Kirchner ordenando bajar el cuadro de Videla, que actuaron como referenciales de identificación de un "gobierno comprometido con los derechos humanos" (Ver Svampa, 2014)



Audiovisual (N°26.522) y la Ley de Matrimonio Igualitario (N°26.618), así como nacionalización del servicio de jubilaciones y la asignación universal por hijo (Bard Wigdor y Rasftopolo, 2014; Svampa, 2011). Todas estas normativas se plantearon como “políticas bisagra” respecto a la orientación neoliberal de décadas pasadas, en términos de libertad de expresión e integración social.

Estos discursos y políticas caracterizan el juego identitario gubernamental: el establecimiento de otredad como insumo de reafirmación de lo propio, enmarcados discursivamente como signos de una nueva época. En este marco no sólo el discurso presidencial sino también las políticas económicas y sociales², se orientaron a la recuperación del trabajo entendido como el principal factor de integración y recomposición del sistema institucional. En términos políticos, los hitos se moldean ligados a acontecimientos institucionales como la asunción de Néstor y Cristina Kirchner como presidentes en 2003 y 2007-2011 respectivamente.

Paralelamente a los cambios políticos institucionales, la lucha fue dejando las calles e instalándose en los espacios laborales. En este sentido, un segundo punto a señalar, es el proceso de revitalización sindical en el cual emergieron experiencias de conflictividad tanto “desde las bases” como cierta recomposición de las instituciones tradicionales del movimiento obrero³. A partir del año 2004 emergieron experiencias que empezaron a mostrar un cambio en las formas de organización, participación y acción de los trabajadores en los conflictos en sus ámbitos laborales. En ellos la juventud se presentó como un elemento que permitió renovar los métodos de las viejas dirigencias sindicales:

[En el conflicto de trabajadores telefónicos] tanto los funcionarios del Ministerio de Trabajo como integrantes de las centrales obreras consultados por este diario subrayaron (y se sorprendieron por) la magnitud de la participación de trabajadores jóvenes. Se habían fogueado en un conflicto anterior, referido al status de los pasantes (Página 12, 5/12/2004).

²Como señala Brown (2012) muchas de las políticas sociales durante la década kirchnerista se caracterizaron por su orientación a la contraprestación laboral de parte de los beneficiarios (tal es el caso del programa Jóvenes con Más y Mejor Trabajo, Seguro de capacitación y empleo, Programa Argentina Trabaja, Programa de Ingreso Social con Trabajo, Manos a la obra, entre otros).

³Dicha recomposición se visualiza a partir del crecimiento de las negociaciones colectivas, los conflictos laborales y la tasa de afiliación sindical.



Estos conflictos que comenzaron en “los servicios” (SUBTE y telefónicos) y alcanzaron las primeras planas de los medios de comunicación, se propagaron en los años siguientes en el sector público y en distintas fábricas, dando lugar a un fenómeno de renovación de las prácticas sindicales que fue nombrado como “sindicalismo de base”.

...hay conflictos por fuera de los sindicatos. Otros estallan dentro, pero sin acatar la conducción. Así emerge un gremialismo asambleísta y difícil de conducir. El sindicato surgió precisamente para derrotar las asambleas, para darle disciplina a la protesta. No hay disciplina en el asambleísmo. (Clarín, 20/05/2005 en Varela, 2015:13)

En estos conflictos se establecen puntos de contacto con los repertorios de acción y movilización que se sucedieron a finales de la década del '90 y principios de los años 2000: los piquetes y las asambleas.

Otro conjunto de hechos son reconocidos como hitos, y si bien implicaron movilizaciones en las calles, su especificidad está relacionada con que fueron momentos de *crisis*. Nos referimos en particular a un acontecimiento, reconocido como uno un punto de inflexión en el crecimiento de la militancia al interior del kirchnerismo, fue el llamado “conflicto del campo” que tuvo lugar durante el año 2008, a partir de la resolución 125/08 que buscaba reconfigurar el tipo de tasas de las exportaciones (Natalucci y Pérez, 2012).

Por otra parte, dentro del campo de la organización política y sindical, la muerte tuvo a lo largo de la última década el lugar de “hito” abriendo legitimidades y rechazos. Tres muertes atravesaron la política de este período, desencadenando diversas repercusiones con profunda fertilidad en el campo de disputas. La primera fue el asesinato de Kosteki y Santillán, militantes populares del Movimiento de Trabajadores Desocupados-Aníbal Verón, en el año 2002, que marcó el fin del gobierno de Eduardo Duhalde acelerando el proceso electoral que condujo a Néstor Kirchner a la presidencia y reorientando la política de gestión y control del conflicto laboral a través de mecanismos institucionalizados y verticales, en alianza con las cúpulas de la burocracia sindical.



Existe toda una juventud que comenzó a intervenir activamente con las jornadas de 19 y 20 de diciembre de 2001 y encontró especialmente en la figura de Darío Santillán, militante del MTD de Lanús, un modelo, una ilustración acabada desde donde pensar de modo diferente la relación entre política y ética, así como los vínculos de solidaridad. (Svampa, 2011:159)

La segunda muerte en 2010, fue el asesinato de Mariano Ferreyra militante del Partido Obrero (PO), en medio de una protesta contra la tercerización laboral, en manos de “patotas sindicales” ligadas al entonces secretario general de la Unión Ferroviaria, José Pedraza. Dicho asesinato dio cuenta, por un lado, de que el viraje hacia una política de la gestión de los conflictos obreros institucionalizada tenía ambivalencias, evidenciando alianzas informales entre actores políticos y dirigentes sindicales en la represión; por otro, posicionó en el debate público la permanencia de la precarización laboral como deuda de la nueva década; y también de las resistencias que desde las bases, los jóvenes trabajadores desplegaban frente a las estructuras burocráticas sindicales.

Finalmente la sorpresiva muerte de Néstor Kirchner en el año 2010, resultó un terreno proclive a su reafirmación como líder popular. El velorio del ex presidente, realizado en el Congreso Nacional, se convirtió en un espacio de concurrencia de múltiples actores sociales, entre las multitudes resaltaban los jóvenes, muchos de los cuales señalan la muerte de Kirchner como un hito de movilización e ingreso a la militancia política (Svampa, 2011; Natalucci, 2014). Tiempo después de su muerte, diferentes publicaciones periodísticas recogían este puente simbólico entre los jóvenes y la política.

“La muerte de Néstor cristalizó lo que estaba en el aire. Llamó a los jóvenes, que crecieron con la crisis del 2001, a revalorizar al kirchnerismo y muchos decidieron politizarse”, observó Javier Caches, integrante de Grupo Atenea⁴ (La Nación, 27/10/11)

Néstor influyó en el cambio de perspectiva de la política para muchos jóvenes. Con el alfonsinismo, y luego con el menemismo, el golpe era muy reciente y las políticas que desarrollaban no acercaban a los jóvenes. En realidad, para muchos, se trataba de una carrera. En cambio, los que se movilizaron por la muerte de Néstor, lo hicieron para levantar banderas históricas, sus ideales [testimonio de un activista] (Página 12, 30/1/11)

⁴ Organización kirchnerista de debate y reflexión política.



Finalmente, el campo económico constituye un espacio de mayores ambivalencias a la hora de definición de hitos durante la década kirchnerista. Si bien el crecimiento económico y del empleo, son señalados como signos de recuperación luego de la profunda crisis económica de finales del 2000, algunas continuidades con la década neoliberal marcan los límites de la construcción de dichos cambios económicos como “hitos”. De forma simple, explicamos que los hitos de un tiempo histórico representan acontecimientos que son resaltados como característicos –y por tanto nuevos- de una época. Es la continuidad de algunas políticas económicas con el pasado la que debilita su carácter de novedad e identidad con un “nuevo tiempo”. Nos referimos fundamentalmente al mantenimiento de un modelo económico primario exportador (Feliz y López, 2010) con gran participación de capitales extranjeros (Castellani, 2009) y a la continuación de la precarización laboral.

Hasta aquí nos hemos concentrado en recuperar aquellos acontecimientos que son señalados como emblemáticos de una época. En el próximo apartado analizaremos cuáles de estos hitos aparecen y de qué manera marcan las experiencias de los jóvenes como “nuevos trabajadores”. ¿Cómo influye en ellos el proceso de recuperación del empleo y la perseverancia de la precariedad en el mercado laboral?, ¿quiénes son los jóvenes que se organizan colectivamente en sus espacios de trabajo y disputan las burocracias sindicales?, ¿los nuevos militantes que salen a las calles y llenan las plazas ante acontecimientos como la muerte de líderes como Néstor Kirchner son los mismos que se organizan en sus lugares de trabajo?, y finalmente ¿la crisis del 2001 sigue influyendo en las experiencias de organización juvenil?

2. Los jóvenes mirados desde la sociología del trabajo y la sociología del conflicto en la Argentina reciente

En este apartado nos proponemos reconstruir los principales nodos temáticos que atraviesan los estudios sobre juventud, trabajo y organización colectiva en la última década. Al respecto, se pueden encontrar dos grandes perspectivas de análisis, que implican heterogéneas lecturas: los jóvenes como fracción vulnerable y los jóvenes como nueva generación militante. A partir de ellas buscaremos observar los hitos de



dicho período focalizando la mirada en sus implicancias sobre los jóvenes como trabajadores desde diversas perspectivas de estudio.

Los jóvenes como fracción vulnerable del mercado de trabajo

El presente nodo temático alude a las singularidades de los jóvenes como grupo poblacional en el mercado laboral (Assusa y Brandan, 2014), asociada a una sobrerrepresentación en las problemáticas laborales respecto a la población adulta. Estos estudios, señalan las vulnerabilidades que atraviesan a los jóvenes en su ingreso al mundo laboral, particularmente en relación a la precariedad y a la desocupación. Salvia (2013: 2) señala que sólo “uno de cada tres jóvenes, sea o no asalariado, accede a un “empleo decente” según lo que define como tal la OIT (1989).

Estableciendo una mirada comparativa, observamos como en 1995 el desempleo juvenil alcanzó su nivel histórico más alto, con un 34,2% en el área metropolitana de Buenos Aires. Las políticas de flexibilización y precarización laboral, alcanzaban a la mayoría de los puestos ocupados por nuevos y jóvenes trabajadores (Svampa, 2000). Si bien estas cifras han descendido significativamente durante la post-convertibilidad, “la tasa de desocupación de los jóvenes ubicados entre los 16 y los 24 años casi cuadruplica a la de la población que se sitúa de los 25 a los 64 años” (Salvia, 2013: 4), y se mantuvo a lo largo de la última década en cifras cercanas al 19%. Por otro lado, en relación con la calidad del empleo la tasa de no registro juvenil era en 2013 del 56,7% frente al 34,1% general (Datos correspondientes al 2º trimestre del año 2013 EPH).

Esta situación de vulnerabilidad juvenil no es particular de Argentina, sino que es un fenómeno recurrente a nivel regional y mundial. Ante estas condiciones del mundo del trabajo, la inserción laboral de los jóvenes deja de ser considerada como un momento de paso para convertirse en un largo proceso (Jacinto, 2000), en el que se alternan períodos de desocupación con empleos precarios, pasantías, becas y períodos de estudio, distanciándose de una posible estabilización laboral. Pero más allá de esta enunciación sobre el carácter vulnerable de los jóvenes como trabajadores, resulta necesario señalar la diferenciación que establecen los estudios sociales en relación a los diferentes grados



de vulnerabilidad según el origen social: aquellos jóvenes con menores capitales sociales y educativos son quienes ocupan una situación más desfavorable -de carácter menos transitoria- en el mercado de trabajo (Salvia y Tuñón, 2006; Pérez, 2008; Golovanevsky, 2012; Jacinto y Millenaar, 2012).

El resultado final es la conformación de una situación dual, donde coexisten amplios bolsones de jóvenes pobres estructurales o nuevos pobres que se encuentran desalentados debido a que carecen de las calificaciones requeridas. Al mismo tiempo que sectores calificados en términos de credenciales educativas compiten por empleos para los cuales no siempre se encuentran adecuadamente preparados, a la vez que sus calificaciones son sistemáticamente devaluadas. Estos hechos apoyan la tesis de que tanto las condiciones socio-educacionales como aquellos vinculados a la estructura social constituyen las dimensiones explicativas más importantes para entender la precaria inserción laboral de la mayor parte de los jóvenes en el actual orden económico. (Salvia y Tuñón, 2006: s/p)

Justamente es el sector de jóvenes vulnerables quien resulta preocupación central de las políticas públicas de empleo, las cuales buscan aumentar su empleabilidad mediante la incorporación de capital educativo y experiencias laborales. La principal crítica que emerge hacia dichas políticas, como el programa Jóvenes con Más y Mejor Trabajo, es que mantienen la idea de que el problema de los jóvenes reside en su “empleabilidad” (Salvia, 2013; Pérez y Brown, 2014) como una problemática individual; sin observar la incidencia de la oferta de trabajo en un mercado laboral segmentado (Salvia, 2013). Las políticas de formación para el trabajo no alcanzan para mejorar la inserción laboral juvenil: el capital educativo incorporado no hace más que mejorar su posición relativa e individual en el “efecto fila” por los puestos laborales disponibles, pero no transformaría el condicionante estructural producto del desajuste entre la oferta y la demanda (Pérez, 2008).

Por otro lado, dicha “formación” de los jóvenes para el trabajo no implica sólo la incorporación de un “saber hacer” vinculado a oficios o conocimientos específicos, sino también a un “saber ser” ligado a actitudes y comportamientos del ser trabajador (Spinosa, 2011) que se consideran “perdidos” por las nuevas generaciones. A partir de este diagnóstico común algunos estudios avanzan en delinear los problemas específicos



que atañen a los jóvenes, ya no en términos objetivos, sino particularmente en sus implicancias subjetivas. Los estudios que analizan las políticas estatales coinciden en señalar que uno de los principales objetivos de los planes de empleo y otras políticas estatales, tienen que ver con la posibilidad de formar disposiciones para el trabajo (Jacinto y Millenaar, 2012; Assusa y Brandán, 2014). Estas disposiciones se habrían visto alteradas por la desocupación masiva, la prevalencia de planes “asistencialistas” y la ruptura de la transmisión intergeneracional de los valores sobre el trabajo durante la década del 90.

Pero estos elementos no surgen sólo entre los “jóvenes vulnerables”. En el sector de los servicios, particularmente en las empresas supermercadistas, encontramos argumentos muy similares. Nuevamente son los “adultos”, en este caso los delegados sindicales, quienes al describir a los trabajadores jóvenes del supermercado señalaban en primer lugar su falta de compromiso y de responsabilidad con el trabajo. De la misma manera que los funcionarios encontraban una explicación a esta ausencia de valores en la existencia de una ruptura generacional en la transmisión de la “cultura del trabajo”:

... a los chicos se les viene la imagen, no de los padres trabajando, sino de los padres afanando, que era más fácil... eso es lo que pasa hoy en día... entonces no tienen códigos (Manuel, delegado, febrero 2013) (Longo, 2014).

A diferencia de la “vida fácil”, la “cultura del trabajo” reivindica al esfuerzo y al sacrificio como elementos centrales de la vida del trabajador. Este sacrificio, es el que dota de dignidad al trabajo. En muchas ocasiones, dichas atribuciones –asociadas a la falta de entusiasmo, de deseos de trabajar o de emprender la búsqueda laboral- proviene de una mirada adultocéntrica en donde los jóvenes son evaluados en comparación con un tiempo laboral pasado con otras condiciones materiales y simbólicas (Adamini, Hasicic, Martín, Provenzano y Roberti, 2014), donde el ingreso al mundo laboral resulta un momento definido de paso e ingreso a la adultez. En los espacios laborales son los propios delegados quienes se auto-perciben (junto con la empresa) como los agentes de formación de los trabajadores jóvenes, es decir quienes tienen que “enseñar” lo que significa trabajar, y transmitir los valores perdidos por los nuevos trabajadores.



Este elemento nos lleva al análisis que hacía Svampa, a fines de los '90 acerca del impacto del neoliberalismo en las identidades de los trabajadores. La autora, a partir de la comparación entre tres generaciones de trabajadores metalúrgicos, señaló las fracturas generacionales que produjeron la “pérdida de la cultura del trabajo”, es decir, de los valores que caracterizaban y vinculaban al trabajo a los “viejos obreros metalúrgicos”. Sin embargo, inmediatamente restablece la cultura del trabajo dentro de un campo simbólico y cultural más amplio, que no sólo involucra al empleo sino también al sindicalismo y la política. La dignidad del trabajador, los valores por el trabajo, no sólo se construían en relación al empleo, sino también a una identidad sindical y política, a la defensa de los derechos que le correspondían al trabajador, y a la memoria de luchas sociales a través de las cuales los habían conquistado. La ruptura generacional para Svampa es un indicador del “final de una época” es decir, “*el debilitamiento y desaparición de los marcos sociales y culturales del antiguo mundo obrero*” (Svampa, 2000: 133). Esta tesis, la recupera de uno de los principales estudios realizados en Francia acerca del impacto del neoliberalismo en la “cuestión obrera” (Beaud y Pialoux, 2015 [1999]).

Estos estudios, si bien fueron escritos a fines de la década del '90, nos permiten recomponer dos ideas, que aparecen cada vez más disociadas en los textos escritos durante la post-convertibilidad: la “cultura del trabajo” y la “cultura sindical y política” de los trabajadores. Si la primera, como vimos en este apartado, es recuperada por los estudios que analizan las particularidades del empleo de los jóvenes trabajadores (vulnerables), la segunda será recuperada por los estudios que analizaron su participación en los conflictos sindicales y políticos durante los gobiernos kirchneristas. Dicha disociación, podría no ser más que un problema de fragmentación de las investigaciones producidas en el mundo académico, pero, como argumentaremos, entendemos que expresa la fragmentación que existe en la realidad social. Los jóvenes que ingresaron al “mundo del trabajo” durante la post-convertibilidad vivenciaron un proceso de recomposición económica y social plagado de ambivalencias, que los alejan tanto de la generación de los '90 -apartada de la política y que establecía una relación



instrumental con el trabajo- como de las generaciones con “identidades fuertes” en relación a la cultura del trabajo y sindical.

Los jóvenes movilizados: una “nueva” generación militante

Como vimos, los estudios que se abocaron a analizar las características culturales y estructurales de los jóvenes en relación al trabajo encuentran ciertas continuidades con los años neoliberales -en lo que se refiere a la pérdida de la cultura del trabajo y a la conservación de la precarización laboral como forma de ingreso al mundo laboral-. Por el contrario, las investigaciones que analizaron las experiencias sindicales y políticas de los nuevos trabajadores, darán cuenta de las importantes rupturas que se sucedieron en la última década de gobiernos kirchneristas. Fundamentalmente en relación a su reactivación desde las bases, disputando la dirigencia burocratizada de los sindicatos, y con un posicionamiento político novedoso, heredero del *ethos* militante del 2001 y opuesto al que caracterizaba a las “fábricas muertas” con jóvenes trabajadores mudos, inactivos y desmovilizados en los años 90 (Lenguita, 2011; Varela, 2015; Abal Medina, 2014; Svampa, 2011).

Si bien la relegitimación de las instituciones políticas a partir del 2003 creó un terreno propicio para el resurgimiento de la militancia sindical y política, consideramos que su siembra se dio al calor de la crisis del 2001, que en cierta forma parió esta “nueva generación militante” (Natanson, 2012). Como señala en otro trabajo el mismo autor -y en clave de la lectura sociopolítica de Mouffe (2007)- fue en dicho proceso de exacerbación de antagonismo hacia la política donde paradójicamente emergió un nuevo puente entre los jóvenes y lo político (Natanson, 2011). Un puente construido desde una concepción horizontalista, ligada a lógicas assemblearias, acción directa y vinculada a ideologías autonomistas y de izquierda. Más allá de la participación material de los nuevos jóvenes militantes en las jornadas de protesta de 2001, dicho acontecimiento es interpretado como un hito político en la conformación de su imaginario acerca de lo político y su horizonte de posibilidades de participación. Allí, encontramos la idea de la existencia de una “ruptura generacional”, que inaugura una nueva forma de relación entre los jóvenes, el trabajo y la política.



Ésta no es la primera vez que se habla de un recambio generacional en relación a los jóvenes y el trabajo. Durante la década de 1990 la contratación de jóvenes, socializados en el marco del triunfo de las políticas neoliberales, constituyó una de las principales estrategias que utilizaron las grandes empresas para des-colectivizar y despolitizar los espacios laborales. Esta estrategia buscaba fragmentar las tradiciones sindicales y políticas en las que se había conformado el movimiento obrero, desarticulando sus experiencias vividas en el mundo del trabajo (Cingolani, 2009; Battistini, 2004; Beaud y Pialoux, 2015). Algunos autores señalan, en este sentido, que las transformaciones objetivas del mundo del trabajo fueron acompañadas por una estrategia de “ruptura generacional inducida” a través de la cual se buscó minar el potencial identitario y colectivo de los trabajadores (Santana, 2010). La preferencia por los jóvenes, en estas grandes empresas, rompía de forma abrupta con *“toda una construcción de ser y de mundo, de identidades, de vínculos, de sociabilidades, que en otro momento marcó la vida del trabajo y de las organizaciones de los trabajadores, principalmente en lo que respecta a sus aspectos colectivos”* (Santana, 2010: 373).

Durante la post-convertibilidad la idea de “ruptura generacional” asumió el signo contrario: ahora la ruptura es entendida en términos de propensión a la movilización frente a la desmovilización de los jóvenes trabajadores en los 90. En principio, es necesario señalar, que esta posibilidad de “ruptura” se relaciona, con la ausencia de “experiencias de derrota” (Varela, 2015; Natason, 2011). En este sentido la repolitización de la post-convertibilidad modificó el contexto de socialización de los jóvenes que aparece actualmente atravesado por la política. En otras palabras, pensada en términos positivos, la ruptura se construye en diferenciación al individualismo, desmovilización y despolitización que habían caracterizado a los años neoliberales. A partir del año 2001 se comenzó a hablar del “retorno” de los jóvenes a la política y de la aparición de una “nueva generación militante”.

Vemos así que al interior de los estudios de Ciencias Sociales sobre jóvenes movilizados en la última década encontramos dos principales líneas de análisis: aquellos que los analizan en tanto “nueva generación militante” dentro del kirchnerismo y



aquellos que se centran en el análisis del llamado “sindicalismo de base” y en experiencias sindicales opositoras en los lugares de trabajo.

Los primeros, plantean que la juventud apareció fuertemente en los momentos políticos “bisagra”: la llamada “crisis del campo”, los actos por el bicentenario, las disputas por la aprobación de leyes civiles como el matrimonio igualitario y la ley de medios, y principalmente con la muerte de Néstor Kirchner (Bard Wigdor y Rastpolo, 2014; Natalucci, 2014; Natalucci y Pérez, 2012). Incluso, señalan, que fue en estos momentos que la juventud “redescubrió” la política.

Dentro de esta primera línea de análisis, otros autores (Natalucci, 2013; Chávez y Galimberti, 2015) plantean el análisis de la revitalización política de los jóvenes a partir -y dentro- del campo político kirchnerista en relación a experiencias sindicales, como es el caso de la Juventud Sindical (JS) peronista. En la JS, la juventud asume un valor positivo no sólo por sí misma sino también por su asociación con la idea de trabajador (Natalucci, 2013: s/p), y es desde este lugar que se plantea a los jóvenes como los motorizadores de la renovación de las prácticas sindicales. Estas investigaciones advierten acerca de un límite en esta militancia, relacionado con las dificultades que tiene la JS para atravesar el terreno sindical y adentrarse en las arenas de la política.

Las organizaciones aceptaron el convite por el cual proyectaron un creciente reclamo de reposicionamiento político, acceso a cargos y participación en la toma de decisiones de la política nacional. Sin embargo, en el marco de la redefinición de alianzas del kirchnerismo estas intenciones chocaron con la estrategia oficial resquebrajando sus alianzas (Natalucci, 2013: 6).

Es necesario señalar, que no existen numerosos estudios que analicen la militancia juvenil kirchnerista en las organizaciones sindicales, y particularmente que problematicen la vinculación entre militancia kirchnerista y organización sindical en los lugares de trabajo. Dicha ausencia, quizás se explica en parte por la prioridad propia de esta militancia: para la cual los espacios de disputa centrales no son los ámbitos laborales. Otro dato que resulta importante a mencionar es que la ruptura de la alianza entre el gobierno nacional y la CGT de Hugo Moyano en el año 2011, quebró los lazos



señalados por estos estudios entre kirchnerismo y sindicalismo en la militancia juvenil, en un marco de alejamiento y creciente tensión entre el kirchnerismo y las organizaciones gremiales (Varela, 2013).

El segundo grupo de estudios, a diferencia del primero, centra su análisis en la movilización juvenil principalmente al interior de las fábricas y lugares de trabajo. Particularmente en distintos casos emblemáticos del llamado “sindicalismo de base”, donde los jóvenes emergieron como una de sus características (Abal Medina y Diana Menéndez, 2011; Cambiasso, 2013; Lenguita, 2011; Longo, 2014; Ventrici, 2009; Varela y Collado, 2008; Varela, 2015). Al igual que sucede con los estudios que se enfocaron en el análisis de la militancia kirchnerista estas investigaciones hacen referencia a la existencia de una “ruptura generacional” política con respecto a los años neoliberales y con ello, podríamos señalar, a una reinstalación de cierta “cultura sindical y política” entre los trabajadores. En este caso, la experiencia de movilización del 2001 se trasladó a las fábricas en un contexto proclive atravesado por menos disciplinamiento (por parte del desempleo) pero también de un vacío en la representación sindical, como consecuencia del abandono y retirada de las dirigencias en algunos espacios de trabajo durante los ‘90. Como parte de cuerpos de delegados y comisiones internas, estos estudios muestran como esta nueva generación obrera asume una militancia sindical que difiere a la de antaño, por su carácter horizontal y asambleísta, por la apelación a la acción directa y, en algunos casos, por sus adscripciones políticas, que dejan de ligarse de manera hegemónica con el peronismo y a veces se relacionan con partidos y agrupaciones de izquierda.

La precarización -que aparece como una de las características centrales en los estudios sobre jóvenes vulnerables que vimos en el apartado anterior- es recuperada también por los estudios de los jóvenes movilizados. Sin embargo, en este caso, no aparece ligada a disposiciones juveniles atravesadas por pérdida de “cultura de trabajo”. Por el contrario, diferentes estudios resaltan la actitud confrontativa de los jóvenes frente a condiciones de trabajo y las formas precarias de contratación (Abal Medina y Diana Menéndez, 2011; Adamini, 2014; Longo, 2014), dando cuenta -más que de un proceso de ruptura con la generación obrera de antaño- de la evocación de derechos laborales y tradiciones



de lucha de una sociedad salarial pasada. Incluso, estos análisis encuentran en la precariedad de las condiciones de trabajo una motivación para la acción (Natanson, 2011; Natalucci, 2013; Varela, 2015).

Estas experiencias permiten que observemos que existen zonas de contacto entre los jóvenes precarizados y los jóvenes movilizados. Aunque queda la pregunta abierta de si aquellos jóvenes vulnerables son los mismos que se movilizan.

Por otra parte, estos puntos de contacto no deben invisibilizar sus diferencias. Si bien la precariedad aparece en ambos, los estudios referidos a jóvenes vulnerables se concentran en el análisis de aquellos que tienen empleos informales, no-registrados o planes de empleo, mientras que los estudios que analizan la revitalización se concentran mayoritariamente en jóvenes con empleos formales y registrados; por otro lado, muchos de los estudios sobre conflictividad se llevaron adelante en espacios de trabajo con traiciones sindicales y políticas que favorecieron la existencia de procesos de revitalización y disputa. En relación a ello, como ya señalamos en otros trabajos (Longo, Deleo y Adamini, 2014; Longo, 2014; Adamini, 2014) consideramos que en este análisis resulta relevante la incorporación de la dimensión del lugar de trabajo, ya que el mismo puede convertirse en un espacio de activación o desaliento a la organización colectiva de jóvenes en condiciones de precariedad. No sólo los capitales económicos, sociales y educativos de los jóvenes aparecen como un condicionamiento para la organización, sino que la propia experiencia de socialización política que el espacio laboral -y la trayectoria de luchas que el mismo otorga- actúa como un mediador en la propensión a la activación frente a las condiciones de vulnerabilidad laboral.

Sin embargo y pese a esta salvedad, queda aún abierta la pregunta acerca de si en la década kirchnerista podemos hablar de una nueva generación, o si a su interior residen múltiples grupos de jóvenes con experiencias disímiles en el marco de un nuevo clima de época.



3. ¿Qué “nueva” generación?

“Ya lo dijo el proverbio árabe antes que nosotros:
<<los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres>>.

Marc Bloch, Introducción a la historia

Tal como señalamos al inicio de esta ponencia existe un amplio consenso académico al afirmar que la juventud no es un grupo social, es decir un grupo homogéneo, sino que por el contrario existen diversas maneras de “ser joven” (Bourdieu, 1990; Criado, 1998). En este apartado, argumentaremos que si bien la noción de generación tampoco es una categoría homogénea, otorga algunos elementos que nos permiten captar y analizar las heterogeneidades del ser juvenil en una misma época. Karl Mannheim (1993) [1928] es uno de los autores que acuñó dicho concepto en los años de la primera guerra, al calor de una época en la cual se produjo un importante quiebre en las condiciones materiales y simbólicas de las sociedades europeas. El optimismo del progreso como signo de la historia fue puesto en cuestión por la guerra mundial y las crisis económicas, en las cuales emergieron alternativas de organización social basadas en el cambio de paradigma económico y político. En dicho marco, los jóvenes de la década del 20 se encontraban *siendo generados* por condiciones disímiles a las que habían sido generados los entonces adultos a principios de siglo XX. Dicho proceso de quiebre nutrió en Mannheim una reflexión más profunda que el de una nueva contemporaneidad juvenil, incorporando al respecto una mirada integral sobre las condiciones materiales y simbólicas en la que ella se genera.

Su principal aporte reside en cuestionar la existencia de una categorización de los hombres y mujeres a partir de las edades biológicas. Enfatizando su mirada sociológica, en franca discusión con las perspectivas biologicistas entonces vigentes, Mannheim sostuvo que si bien se comparte una generación al estar posicionando en un mismo contexto a partir de la misma edad, ésta no se agota en la correlativa existencia.

Lo que constituye la *posición* común en el ámbito social no es el hecho de que el nacimiento tenga lugar cronológicamente al mismo tiempo —el hecho de ser joven,



adulto o viejo en el mismo período que otros—, sino que lo que la constituye primariamente es la posibilidad, que en ese período se adquiere, de participar en los mismos sucesos, en los mismos contenidos vitales; más aún, la posibilidad de hacerlo a partir de la misma modalidad de estratificación de la conciencia (Mannheim, 1993: 216).

Es decir, sólo un ámbito de vida histórico y social compartido posibilita que la correlativa existencia que da el año de nacimiento se torne sociológicamente relevante. En este sentido, el andamiaje conceptual del autor se clarifica al diferenciar el compartir una *posición generacional*, de una *conexión* y (con mayor profundidad) una *unidad generacional*.

Mencionamos que la *posición generacional* no implica sólo contemporaneidad etaria, sino también compartir un mismo ámbito sociohistórico. La *conexión generacional* es algo más que esa mera contemporaneidad:

Para que se pueda hablar de una *conexión generacional* tiene que darse alguna otra vinculación concreta. Para abreviar, podría especificarse esa adhesión como una participación en el destino común de esa unidad histórico-social. (Mannheim, 1993: 221).

Sólo se habla de *conexión generacional* cuando las condiciones espirituales y materiales compartidas generan un vínculo real entre quienes se encuentran en una misma posición generacional, que implica participar potencialmente de un destino común. Sin embargo, al interior de esas conexiones generacionales se dan diversas *unidades*, que refieren con un mayor nivel de profundidad a las vivencias compartidas.

Mientras que la afinidad por posición generacional sólo es algo de carácter potencial, una conexión generacional se constituye por medio de la participación, de los individuos que pertenecen a la misma *posición generacional*, en el destino común y en los contenidos *conexivos* que de algún modo forman parte de éste. Las *unidades generacionales* específicas pueden nacer, entonces, dentro de esa comunidad de destino. Estas *unidades generacionales* se caracterizan no sólo por significar diversas conexiones del acontecer vinculadas entre sí en el seno de una débil participación en común vivenciada por distintos individuos, sino también porque significan un modo de reaccionar unitario —un «agitarse juntos» y un modo de configurar que están conformados por un sentido



semejante— de los individuos que están (en la medida en que lo están) directamente vinculados a una determinada conexión generacional (Mannheim, 1993: 225).

De esta manera, como si fuera una metáfora social, el fenómeno generacional contribuiría a analizar el propio dinamismo histórico en sus heterogeneidades. Hablar de generaciones implica pensar en un cambio social, en donde grupos contemporáneos comparten un ámbito social e histórico a partir del cual estratifican sentires y pensares como diversas unidades del propio devenir.

Aplicando dichos elementos conceptuales en el abordaje de la problemática propuesta en esta ponencia, observamos como el crecimiento del empleo y la reactivación sindical junto con la vigencia de la precarización laboral conforman las coordenadas materiales y simbólicas en donde los jóvenes trabajadores de esta época son generados. Sin embargo, la apropiación de dichas coordenadas varía según el posicionamiento de esos jóvenes, no sólo en términos de la clase social a la que pertenecen y a los capitales económicos y educativos compartidos, sino también del lugar laboral en el que se encuentran insertos. Dicha diferenciación se cristaliza en diferentes *conexiones y unidades generacionales*.

De esta manera, partiendo de la concepción de Mannheim acerca de las generaciones proponemos incorporar como elementos de lectura de las diversas unidades generacionales que se dan en la década kirchnerista sólo el clima de época y la clase social sino también el lugar laboral desde donde se experimentan vulnerabilidades, se transmiten tradiciones y donde se aprehenden formas de aceptación o resistencia. Estos elementos nos permiten profundizar las aparentes paradojas en los estudios sobre jóvenes, trabajo y participación sindical durante la post-convertibilidad. Quizás ellas se deban a que estos estudios se centran en el análisis de distintos jóvenes que si bien pertenecen a la misma generación, forman parte de diversas conexiones y unidades generacionales. Como hipótesis, que profundizaremos en posteriores estudios empíricos, interesa señalar que la precariedad que afecta a los jóvenes en sus experiencias laborales no es la misma, pero estas experiencias tampoco son pensadas, sentidas y respondidas de la misma manera.



Concretamente, todos los jóvenes vivenciaron el mismo clima de época, y en ese sentido comparten una misma posición generacional. Pero no todos significaron de la misma forma los “hitos” o “contenidos vitales” de este período. Afinando aún más la mirada, los jóvenes aun cuando pertenecen a la misma *conexión generacional* no por ello accionan y reaccionan de la misma manera. En este terreno estamos hablando de la existencia de distintas *unidades generacionales* en la misma época. En términos sintéticos, y en base a los estudios que sistematizamos en los primeros apartados de la ponencia, podemos reconocer distintas conexiones y unidades generacionales que nos permiten comprender diversas maneras en que los jóvenes significan y reaccionan frente a sus situaciones concretas.

Reflexiones finales

En esta ponencia nos propusimos analizar las diversas conceptualizaciones que se plantean en torno a los jóvenes en los estudios sobre trabajo y conflictividad. Nos motivaba a realizar esta sistematización la existencia de análisis heterogéneos, y a veces contrapuestos, en relación con las características de los jóvenes. Este problema surgía en el marco de nuestras investigaciones que vinculaban precarización y organización sindical, ya que encontrábamos por un lado numerosos estudios que problematizaban las características del empleo de estos jóvenes, y otros que daban cuenta de su intervención en los procesos de revitalización sindical. Y si bien al interior de estos dos grandes grupos también existen ambivalencias y heterogeneidades, los abismos entre los dos conjuntos de estudios dificultaban el diálogo entre sus resultados, de modo de comprender qué sucedió en la última década con los jóvenes, y más precisamente si es posible unificarlos al interior de una generación.

Este interrogante se vincula también con nuestras investigaciones acerca del modo en que la precarización (considerada de un modo amplio) fragmenta a la clase-que-vive-del trabajo, y con ello sus experiencias y su capacidad de acción. Si bien la propia literatura sobre juventud nos advierte acerca de que su unidad no es “*más que una palabra*”, aquí nos encontramos con la multiplicación de las heterogeneidades materiales de los jóvenes trabajadores como consecuencia de las políticas de precarización laboral y



fragmentación del movimiento obrero. Más concretamente, nuestra pregunta se orientaba reflexionar acerca de si las aparentes paradojas no podían explicarse por la fragmentación de la clase-que-vive-del-trabajo. Los “jóvenes vulnerables” y los “jóvenes movilizados” viven en una misma época pero ¿la significan de la misma manera? ¿Tienen las mismas posibilidades de accionar? ¿Comparten experiencias similares en el trabajo?

Para pensar estos elementos recuperamos el concepto de generación de Karl Mannheim, el cual complejiza la mirada sobre la contemporaneidad etaria al relacionarla con las condiciones materiales y simbólicas en que el tiempo vital es compartido. Precisamente el autor señala las posibles heterogeneidades dentro de un mismo grupo etario varían la experimentación y significación de los mismos. El andamiaje conceptual de este autor nos ofrece tres categorías (la “posición”, la “conexión” y la “unidad”) que dan cuenta de diversos grados de profundización en las significaciones de las experiencias de una época. De esta manera, recuperando los estudios realizados en la última década planteamos en la ponencia, como hipótesis, que si bien todos los jóvenes comparten la misma posición generacional y hasta se encuentran conectados por algunos hitos en común (como la crisis del 2001) se diferencian en las formas de significarlos, experimentarlos y actuar sobre ellos.

El aporte de Mannheim, si bien nos permitió pensar de forma relacionada la contemporaneidad cronológica con las condiciones materiales y simbólicas de generación juvenil, no cierra el problema en cuestión. Por el contrario, moviliza nuevas preguntas de investigación respecto de las diferentes formas de experimentar, significar y accionar frente a un nuevo contexto de época, donde la precariedad, la politización y resurgimiento sindical se combinan de maneras heterogéneas. Quizás, además de las miradas diacrónicas y comparativas acerca de cuáles son las rupturas y cuáles las continuidades con respecto a las viejas generaciones, o los antiguos jóvenes, debemos incorporar más miradas comparativas sincrónicas a la luz de este nuevo tiempo histórico, para identificar sus especificidades y matices.



Bibliografía

Abal Medina, P. y Diana Menéndez, N.(2011),*Colectivos Resistentes. Procesos de politización de trabajadores/as en la Argentina Contemporánea*, Editorial Imago Mundi. Buenos Aires.

Abal Medina, P. (2014),*Ser sólo un número más. Trabajadores jóvenes, grandes empresas y activismos sindicales en la Argentina actual*, Editorial Biblos, Buenos Aires.

Adamini, M.(2014),“Formaciones identitarias en lugares de trabajo precario. Un estudio sobre pasantes de la administración pública de la provincia de Buenos Aires (2008-2012)” (Tesis de Doctorado inédita),Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.

Adamini, M, Hasicic, C., Martín, F., Provenzano, P. y Roberti,E. (2014) “Las representaciones de los actores productivos, educativos y estatales acerca de la problemática laboral juvenil en el interior de la Provincia de Buenos Aires” en Pérez, P. y Busso, M. *Tiempos contingentes. Inserción laboral de los jóvenes en la Argentina posneoliberal*, Miño y Dávila, Buenos Aires.

Assusa, G. y Brandán Zehnder, M.G. (2014), “Salvar a la generación perdida”: gubernamentalidad, empleabilidad y cultura del trabajo. El caso de un programa de empleo para jóvenes en Argentina”, *Revista de Sociología y Política.*, V. 22, N. 49, 157-174.

Bard Wigdor, G. y Rasftopolo, A. (2014), “En torno a los modos actuales de organización y participación política: el caso de La Tosco en el Movimiento Evita, *Revista Trabajo y Sociedad* N. 23, 307-223.

Battistini, O. (2004), “Las interacciones complejas entre el trabajo, la identidad y la acción colectiva” en Battistini, O. (compilador) *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*. Prometeo libros, Buenos Aires.

Beaud, S. y Pialoux, M. (2015) [1999],*Repensar la cuestión obrera. Investigación en las fábricas de Peugeot de Sochaux-Mantbéliard*, Editorial Antropofagia, Buenos Aires



- Bourdieu, P. (1990), *La juventud no es más que una palabra*, Grijalbo, México.
- Brown, B. (2012), “Las políticas públicas de empleo: de los 90 a la ostconvertibilidad”, ponencia presentada en VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Cambiasso, M. (2013), “Estrategias político-sindicales, experiencias de lucha y tradición de organización en la Comisión Interna de Kraft-Terrabusi (2003-2010)”, Tesis de maestría, Universidad Nacional de Buenos Aires.
- Cingolani P. (2009), “Ce qu’il y a de nouveaudans le travailprécaire. Ouvrir la réflexionsavante sur le questionnementpolitique” en Beroud S. y Bouffartigue P. (Dir.), *Quand le travail se précarise, quellesrésistancescollectives?* , La Dispute, Francia.
- Criado, M. (1998), *Producir la juventud*, Ediciones ITSMO, Madrid.
- Feliz, M. (2013) “¿De la década perdida a la década ganada? Del auge y crisis del neoliberalismo al neodesarrollismo en crisis en Argentina”, *Cuestiones de Sociología*, N. 9.
- Godio, J. (2003), *Luces y sombras en el primer año de transición. Las mutaciones de la economía, la sociedad y la política durante el gobierno de Duhalde*, Editorial Biblos, Buenos Aires.
- Golovanevsky, L. (2012), “Inserción laboral de los jóvenes en la posconvertibilidad. Una visión regional”, ponencia presentada en II Jornadas Nacionales sobre Estudios Regionales y Mercados de Trabajo, Santa Fé.
- Jacinto, C., y Millenaar, V. (2012), “Los nuevos saberes para la inserción laboral: formación para el trabajo con jóvenes vulnerables en Argentina”, *Revista mexicana de investigación educativa*, V. 17, N. 52, 141-166.
- Jacinto, C. (2000), “Jóvenes vulnerables y políticas públicas de educación y empleo”, *Revista de estudios de juventud*, N.1, 103-121.
- Lenguita, P. (2011), “Revitalización desde las bases del sindicalismo argentino”, *Nueva Sociedad*, N.232, 137-149.



Longo, J. (2014) “¿Renovación de las tradiciones sindicales en ámbitos laborales precarizados? Un análisis de las organizaciones sindicales en empresas supermercadistas durante la posconvertibilidad”, Tesis de doctorado, UBA, Mimeo.

Longo, J., Deleo, C y Adamini, M. (2014) ““Buen empleo” en cuestión: sentidos y estrategias de los jóvenes” en Pérez, P. y Busso, M. *Tiempos contingentes. Inserción laboral de los jóvenes en la Argentina posneoliberal*, Miño y Dávila, Buenos Aires.

Mannheim, K. (1928) [1993], “El problema de las generaciones”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N. 62, 193-242.

Mouffe, C. (2007), *En torno a lo político*, FCE, Buenos Aires.

Natalucci, A. (2013) “Revitalización sindical y sindicalismo peronista: encrucijadas entre el corporativismo y la política (Argentina, 2003-2012)”, *Les Cahiers ALHIM*, 1-10

Natalucci, A. (2014), “La movilización en el kirchnerismo: algunas discusiones en torno a la politización”, ponencia presentada en el XI Congreso Argentino de Antropología Social, Rosario.

Natalucci, A. y Pérez, G. (Ed.) (2012), *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*, Nueva Trilce, Buenos Aires.

Natanson, J. (2011) “¿Qué le aporta la juventud kirchnerista al kirchnerismo?” en <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-181010-2011-11-11.html>

Natanson, J. (2013), "El retorno de la juventud. Movimientos de repolitización juvenil en nuevos contextos urbanos", *Nueva Sociedad*, N. 243, 92-103.

Pérez, P. y Brown, B. (2014), “Políticas de empleo para jóvenes: el Programa Jóvenes con Más y Mejor Trabajo” en Pérez, P. y Busso, M. *Tiempos contingentes. Inserción laboral de los jóvenes en la Argentina posneoliberal*, Miño y Dávila, Buenos Aires.

Pérez, P. (2008), *La inserción ocupacional de los jóvenes en un contexto de desempleo masivo. El caso argentino entre 1995 y 2003*, Miño y Dávila editores/ CEIL-PIETTE del CONICET, Buenos Aires.



Salvia, A. (2013) “Juventudes, problemas de empleo y riesgos de exclusión social. El actual escenario de crisis mundial en la Argentina”. Disponible en: <http://library.fes.de/pdf-files/iez/09698.pdf>

Salvia, A. y Tuñón, I. (2006), “Los jóvenes y el mundo del trabajo en la argentina actual”, en Encrucijadas-UBA, N. 36.1-11.

Santana, M.A. (2010), “Ruptura geracional inducida e estratégias de gestão: a experiêncianas montadoras do sul fluminense”, *Educação&Sociedade*, V. 31, N. 111, 371-389.

Spinosa, M. (2011), “Transformaciones en el saber técnico” en Figari, C., Spinosa, M. y Testa, J. (Comp.), *Trabajo y formación en debate. Saberes, itinerarios y trayectorias de profesionalización*, Circus, Buenos Aires.

Svampa, M. (2000), *Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales*, Biblos, Buenos Aires.

Svampa, M. (2011). “Argentina, una década después Del «que se vayan todos» a la exacerbación de lo nacional-popular”, *Nueva Sociedad*, N. 235, 17-34.

Svampa, M. y Mateos, J. (2014). “Kosteki-Santillán. 26 de junio de 2013” en Tonkonoff, Sergio (comp.) *Violencia y cultura. Reflexiones contemporáneas sobre Argentina*. CLACSO. Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Varela, P. (2013) “Los sindicatos en la Argentina kirchnerista. Entre la herencia de los 90 y la emergencia de un nuevo sindicalismo de base”, *Revista ARCHIVOS de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 77 – 100.

Varela, P. (2015), *La disputa por la dignidad obrera. Sindicalismo de base fabril en la zona norte del Conurbano bonaerense 2003.2014*, Imago Mundi, Buenos Aires.

Varela, P. y Collado, A. (2008); "Hoy la fábrica es como un mundo nuevo, surgen jóvenes que se vuelven militantes de sus derechos", *Lucha de Clases. Revista Marxista de Teoría y Política*, 149 - 167

Ventricci, P. (2009) “Organización sindical, práctica gremial y activismo de base en el subterráneo de Buenos Aires”. Tesis de Maestría. UBA.